

las miradas. Falsa luz cómplice de verdaderas exaltaciones; en este local aventurero, otro conflicto de luces. Oh, Dios del infierno, ¿por qué las frívolas ociosas acarician canturreando así el mármol rajado de las mesas?

La galería du Baromètre, como una topera en medio de la tierra, desemboca en el boulevard des Italiens al pie del escaparate de la librería Flammarion, a cierta distancia de la terraza de la Taverne Pousset. Un presentador se encuentra perpetuamente allí golpeando con el bastón un cartel del Théâtre Moderne; bocanadas de shimmy se mezclan con su discurso, atrayendo las miradas hacia el vendedor de música que se ve a la izquierda, tapizado todo con ediciones Salabert. A los curiosos les gusta pararse aquí, repartidos entre las palabras de aquel señor elegante y aburrido que promete el oro y el moro para el segundo acto, y aquella tienda donde se ve a una mujer rubia empezar a tocar al piano la música de moda y sus canciones.

¡Cómo le gusta al hombre detenerse en el umbral de las puertas de la imaginación! A este prisionero le gustaría tanto evadirse aún, vacila en el umbral de las posibilidades, tiene miedo ya de conocer este camino de ronda que regresa a su casamata. Le han enseñado el mecanismo de encadenamiento de las ideas, y el desgraciado ha creído encadenadas sus ideas. Su razón, su delirio, le proporcionan razones delirantes. Ha meditado el sofisma de Kant: *Si el cinabrio fuera tan pronto rojo como negro, ligero como pesado; si un hombre se transformara tan pronto en un animal como en otro; si en un largo día la tierra estuviera cubierta tan pronto de frutos, como de hielo y nieve, mi imaginación empírica me haría percibir en el pensamiento el pesado cinabrio con la representación del color rojo; o si*

*cierta palabra se atribuyera tan pronto a una cosa como a otra, o si incluso la misma cosa fuera llamada tan pronto con un nombre como con otro, sin que hubiera alguna regla por la que los fenómenos estuvieran ya fijados en sí mismos, ninguna síntesis empírica de la imaginación podría realizarse.* Y el hombre duda, pues no le gustan las declaraciones de principios, y ve adónde quiere llegar el pequeño Emmanuel con sus palabras encantadas y comprende lo errado de este andar intelectual y se dice que se le quiere engañar con las mujeres desnudas del harén en el segundo acto prometido, con esta música sentimental y vulgar, pues después de todo, la señora lleva su hermoso pelo teñido. ¡Apártate, mosquito! Tomas las ciénagas por tierra firme. ¡Jamás te hundirás así! ¡Es que ignoras la fuerza infinita de lo irreal! Tu imaginación, querido, vale más de lo que tú te imaginas.

## EL HOMBRE CONVERSA CON SUS FACULTADES

### Sainete

LA SENSIBILIDAD (*al hombre*). Tienes un aspecto un tanto sombrío, ¿habrás tenido un mal encuentro en el valle?, ¿o acaso un maligno osezno te ha citado para esta noche?

LA VOLUNTAD (*levantándose de una botella de champaña*). De seguro que esta noche no va a la montaña. (*Con aire resuelto*): Y si va, me voy con él.

LA INTELIGENCIA (*enderezándose de pronto*). ¿Y yo, qué? También iría yo, bien sabes que me quedo con el rebaño mientras el hombre caza gamuzas u osos.

EL HOMBRE (*sonriendo con aire melancólico*). Vamos, para terminar este debate, no saldré en todo el día. El conocimiento, ¡pobre afligido!, desde

que no le quiero, no ha abandonado su lecho, y quizá habría dejado de vivir sin los cuidados y las recetas de este valiente y digno médico extranjero que vive en esa casa apartada.

LA SENSIBILIDAD. Sí, aquella casa de las alturas, que está construida con las letras de una frase antigua, demasiado larga para mi memoria.

LA INTELIGENCIA. «¿No sabes lo que les ocurre a los amantes cuando ven una lira, un vestido, o algún otro objeto de cuyos amores acostumbran servirse? Ocurre que al reconocer aquella lira vuelven a recordar la imagen de la persona a la que ha pertenecido..., lo mismo que al ver a Simias uno se acuerda de Cebes.»

LA SENSIBILIDAD. Así es, en efecto.

LA VOLUNTAD. No me gusta tu médico; cada vez que viene aquí me da miedo.

LA INTELIGENCIA. ¿Y por qué también sus grandes bigotes, su gorra, su rostro enjuto y poco amable y su gran levita forrada? No he visto a nadie vestido de esta forma.

EL HOMBRE. Es un extranjero.

LA VOLUNTAD. Desconfío de los extranjeros. Pues dicen que se comen o se llevan a los niños.

LA SENSIBILIDAD. ¡Imbécil! Y todos los que toman al hombre por guía, bajo las cascadas, sobre los glaciares, a lo largo de los torrentes: el Amor, la Mentira, el Sueño, ¿alguno de estos hermosos extranjeros enmascarados y ricamente vestidos, se han comido o llevado alguna vez a su guía?

LA VOLUNTAD. ¡Oh, no es lo mismo! De éstos conocemos su país. Pero el señor es un extranjero de otro tipo. La imaginación, ¿es éste un nombre cristiano?

EL HOMBRE. No es el nombre lo que te inquieta. Este nuevo habitante no nos hace más que bien;

y cuando el bien llegue, ¿por qué razón preguntarse de dónde proviene?

LA SENSIBILIDAD. Desconocemos su profesión, es cierto, pero, sin embargo, desde que el conocimiento está enfermo, es él quien le cuida, le proporciona drogas y todavía no ha pedido nada.

LA INTELIGENCIA. ¡Qué broma! Espera que el Hombre haya matado un buen oso para presentar la cuenta.

LA VOLUNTAD. ¡Será una buena cuenta! Nos asustará tanto como su cara y, además, también dice que no le gustan los niños, que no paran de hablar; y luego sólo está contento cuando se encuentra solo.

EL HOMBRE. Maledicencia, maledicencia. La imaginación es un señor excelente, bienhechor y humano.

LA SENSIBILIDAD. Puedes creerlo, este extranjero llegó al valle una noche de tormenta, nadie le conocía.

LA VOLUNTAD. Sí, ha caído sobre nosotros como una cometa perdida.

EL HOMBRE. Inútiles habladurías.

LA INTELIGENCIA. Pues yo he oídos muchas más y peores.

EL HOMBRE. Vamos.

LA INTELIGENCIA. Este Señor...

LA SENSIBILIDAD. A lo mejor es un gran criminal que se ha refugiado en nuestro valle para ocultarse mejor.

EL HOMBRE. ¡Un criminal! Eso es. Pero ¿qué es un criminal? ¿Qué piensas tú del relámpago, mi querida sensibilidad, qué piensas de aquella flor salvaje y brillante que las montañas colocan a veces en sus cabellos? El relámpago es un criminal, o una divinidad bienhechora, y dime más aún, tú, inteligencia: ¿qué piensas de la imaginación?

LA INTELIGENCIA. No me gusta la incertidumbre.

*En este momento aparece LA IMAGINACIÓN, tal como la ha descrito la inteligencia: es un anciano alto y enjuto, con bigotes a lo Habsburgo, una larga levita forrada y una gorra; su figura está animada por tics nerviosos; cuando habla hace como si cogiera las solapas imaginarias de un interlocutor invisible; bajo el brazo sostiene Au 125, Boulevard Saint-Germain de Benjamin Péret. Sólo una cosa parece realmente extraña en él: anda con un patinete de ruedas en el pie izquierdo, apoyando el derecho directamente en el suelo. Avanza hacia el hombre y le dice:*

### DISCURSO DE LA IMAGINACION

En la guerra como en la guerra: todos ustedes con su manía de poner buena cara a la suerte, no me habían tenido en cuenta. De una ilusión a otra, vuelven a caer sin cesar a merced de la ilusoria Realidad. Sin embargo, os lo he dado todo: el color azul del cielo, las Pirámides, los automóviles. ¿Qué os ocurre que desesperáis de este modo de mi linterna mágica? Os reservo una infinidad de sorpresas infinitas. Del poder del espíritu, se lo dije en 1819 a los estudiantes en Alemania, se puede esperar todo. Ved cómo puras creaciones quiméricas os han convertido ya en dueños de vosotros mismos. He inventado la memoria, la escritura, el cálculo infinitesimal. Existen aún descubrimientos fundamentales insospechados que harán del hombre algo diferente como la palabra les distingue por su gran embriaguez de las criaturas mudas que le rodean. ¿Qué murmuráis de ese modo? No se trata de progreso: no soy más que un traficante de coca, y mi nieve, vuestro maná, del recuerdo al método experimental, reconocido en él la embriaguez del espejismo. Todo surge de la imaginación y la imaginación todo lo revela. Parece que el teléfono es *útil*; no lo creáis,

basta con mirar tan sólo al hombre convulsionándose con sus auriculares, gritando: ¡Diga! ¿Quién es, sino un toxicómano del sonido, borracho perdido del espacio vencido y de la voz transmitida? Mis venenos son los vuestros; he aquí el amor, la fuerza, la velocidad. ¿Queréis dolores, la muerte o canciones?

Os traigo hoy un estupefaciente proveniente de los límites de la conciencia, de las fronteras del abismo. ¿Qué habéis buscado hasta el momento en las drogas sino es una sensación de poder, una megalomanía mentirosa y el libre ejercicio de vuestras facultades en el vacío? El producto que tengo el honor de presentaros procura todo esto, procura también inmensas ventajas inesperadas, excede vuestros deseos, los suscita, les permite acceder a deseos nuevos, insensatos; no lo dudéis, son los enemigos del orden los que ponen en circulación este filtro de lo absoluto. Lo pasan secretamente bajo los ojos de los guardianes, bajo la forma de libros, de poemas. El anodino pretexto de la literatura les permite daros a un precio fuera de toda competencia este fermento mortal cuyo uso ya es hora de que se extienda. Se trata del genio embotellado, de la poesía embarrada. Comprad, comprad la condenación de vuestras almas, id finalmente a perderos, ésta es la máquina que trastorna el espíritu. Anuncio al mundo este hecho de primera magnitud: un nuevo vicio acaba de nacer, se permite al hombre un vértigo más: el *surrealismo*, hijos del frenesí y de la sombra. Entrad, entrad, es aquí donde comienzan los reinos de lo instantáneo.

Los durmientes despertados de la mil y una noches, los curados por milagro y los convulsionados, ¿qué podríais envidiarles, hachisianos modernos, cuando evoquéis sin instrumento alguno la gama hasta ahora incompleta de sus placeres maravillosos, cuando os aseguréis sobre el mundo tal poder

visionario, de la invención a la materialización glauca de claridades deslizadas del despertar, que ni la razón ni el instinto de conservación, a pesar de sus bellas y blancas manos, no sabrán conteneros antes de usarlo sin medida, hechizados por vosotros mismos hasta que, clavando a modo de alfiler una imagen tan bella en el travesaño mortal de vuestro corazón, os convertiréis finalmente en algo semejante a aquel hombre que una sola mujer atrajo para siempre jamás y que no es más que una mariposa clavada en esta boya adorable? El vicio llamado *Surrealismo* es el empleo desordenado y pasional del estupefaciente *imagen*, o mejor aún la provocación sin control de la imagen por ella misma y por lo que ella entraña en el dominio de la representación de perturbaciones imprevisibles y de metamorfosis: pues cada imagen os fuerza cada vez a revisar todo el Universo. Y para cada hombre hay una imagen a encontrar que aniquila todo el Universo. Vosotros que entrevéis los fulgores anaranjados de este abismo, apresuraos, acercad vuestros labios a esta copa fresca y ardiente. Pronto, mañana, el oscuro deseo de seguridad que une entre sí a los hombres, les dictará leyes salvajes, prohibitivas. Los propagadores del surrealismo serán apaleados y colgados, los bebedores de imágenes serán encerrados en habitaciones de espejos. Entonces, los surrealistas perseguidos traficarán al abrigo de cafés cantantes sus contagios de imágenes. Por las actitudes, los reflejos, las traiciones repentinas del nerviosismo, la policía sospechará de surrealismo a los consumidores vigilados. Veo aquí a sus agentes provocadores, sus artimañas, sus ratoneras. El derecho de los individuos a disponer de sí mismos será restringido y controvertido una vez más. Se invocará al peligro público, al interés general, a la conservación de toda la humanidad. Una gran indignación se apoderará de las personas honestas contra aquella actividad

indefendible, aquella anarquía epidémica que tiende a arrancar a cada uno de la suerte común para crearle un paraíso individual, esta desviación de los pensamientos que no se tardará en denominar el maltusianismo intelectual. Estragos espléndidos: el principio de utilidad resultará extraño a todos los que practiquen este vicio superior. Finalmente, el espíritu dejará de ser aplicado por ellos. Verán retroceder sus límites, harán participar de esta embriaguez a todo lo que la tierra tiene de ardiente e insatisfecha. La gente joven se dedicará perdidamente a este juego serio y estéril. Corromperá su vida. Las facultades quedarán desiertas. Se cerrarán los laboratorios. No habrá ejército posible, ni familia, ni profesiones. Entonces, ante este abandono creciente de la vida social, se formará una gran conjura, de todas las fuerzas dogmáticas y realistas del mundo, contra el fantasma de las ilusiones. Vencerán, estos poderes aliados del por qué no y del vivir a pesar de todo. Será ésta la última cruzada del espíritu. Para esta batalla perdida de antemano, os conjuro desde hoy a vosotros, corazones aventureros y graves, poco preocupados por la victoria, que buscáis en la noche un abismo a donde lanzaros. Vamos, ha comenzado la función. Pasen por esa ventanilla.

Lo que la imaginación designa así con translúcido índice, es la pequeña barraca de madera donde se despachan las entradas para el Théâtre Moderne. Se apoya en una empalizada gris, que a la hora del poniente adquiere tonos de tordo y en la que se abre una puerta de la librería Flammarion. Una cajera que cada vez que atravesáis su campo de visión, salmodia detrás de su taquilla el precio de los asientos y la naturaleza de los atractivos de su casa, de los que tres o cuatro fotografías enganchadas

en la cabaña dan una idea simple y suficiente. Este seno, estas piernas resumen claramente la intención de los autores, como en la puerta de los cines las imágenes con revólver apuntado, barco arrastrado por los torrentes, *cow-boy* colgado por los pies. Y esto por nada:

<b>THÉÂTRE MODERNE</b>	
<b>PRIX DES PLACES</b>	
<b>Loges « Avant-Scène.</b>	<b>30 fr. »</b>
<b>Avancés. .</b>	<b>25 fr. »</b>
<b>Réservés. .</b>	<b>20 fr. »</b>
<b>Fauteuils</b> {	<b>1<sup>re</sup> Série . . 15 fr. 50</b>
	<b>2<sup>e</sup> — . . 11 fr. 50</b>
	<b>3<sup>e</sup> — . . 9 fr. »</b>
<b>Stalles.. 5 fr. 75</b>	
<i>Tous droits et taxes compris</i>	

(1)

Más allá de la empalizada, hasta el corredor transversal, se extiende el Hotel de Monte-Carlo, que en los pisos sobrepasa sus límites y que también transversalmente franquea la galería a la entrada del pasaje, evocando de forma irrefutable para mí la imagen del Puente de los Suspiros, tal y como lo conozco según las postales. En el sótano, el Hotel Mon-

(1) Teatro Moderno / Precio de los asientos / Palcos y Proscenio / Asientos: Delanteros, Reservados, 1.<sup>a</sup> Clase... / Sillas. / Todos los derechos y tasas incluidos. (N. del T.)

te-Carlo permite ver por una fachada vidriada a pequeños cuadrados Luis XVI de barrotes blancos, un amplio y bajo vestíbulo, realmente melancólico donde se aburren esperando bajo una araña de cristal con almendras las plantas verdes y los viajeros. Estos leen en los sillones de enea los periódicos exóticos que en París sólo se encuentran en los bulevares. Mundo cosmopolita bastante particular y particularmente tranquilo, con frecuencia pintoresco y casi siempre fatigado. Estos jugadores cansados vienen a parar aquí sólo después de hermosas experiencias, ¡pero cómo han gastado el globo arrastrando pasos! Algunos se sientan en la galería como en una terraza. Parecen estar esperando. Esa felicidad anhelada no llegará jamás. Pueden ustedes marcharse.

Frente al hotel, la caseta del guardián del pasaje vigila una especie de pequeño desfiladero por el que se accede a un pequeño patio. Vamos a detenernos un poco junto a la caseta con sus encantadoras cortinas de ganchillo: es el limpiabotas, esto no cuesta más de doce céntimos y saldremos de aquí con soles en los pies. Son, según dicen, muy bonitos estos modernos establecimientos de limpiabotas. Qué gran espíritu decorativo en las brillantes cajas, a pesar de su americanismo y el poco ingenio aportado a su escaparate. Y además, los limpiabotas, saben ustedes, ¡qué gente más exquisita! Toda la cortesía del mundo, un modo de postergar un tiempo infinito, mientras frotan inexplicablemente los zapatos ya deslumbrantes de reflejos, llevados sin duda por la pasión de su arte. Arte menor, lo admito, pero arte, arte, arte. Sin duda, se puede echar de menos en el arte del limpiabotas la extraña ausencia de toda metafísica. Quizá sería menos discutible si tuviera un poco más en cuenta las recientes adquisiciones del espíritu. También puede echarse de menos que en una civilización como la nuestra, los limpiabotas apenas hayan hecho progresos técnicos con